

Monteleone, J. (2018). *El centro de la tierra (Lectura e infancia)*. Buenos Aires: Ampersand, colección Lector&s, 220 páginas. ISBN 978-987-4161-20-8.

En *El centro de la tierra (Lectura e infancia)* Jorge Monteleone nos envuelve en un libro donde los conmovedores relatos autobiográficos se enhebran con reflexiones sobre el brillo del contacto con el cosmos de los libros en la infancia. Y lo hace de un modo a la vez directo, sin alardes ni circunloquios superfluos; así es como arremete con un contundente pensamiento inicial en el que se cita a Mallarmé: un libro necesariamente es incompleto, y “en *ese* vacío, inalcanzable, *está la infancia*”.

Los cuatro primeros capítulos son dignos de un reconocimiento particular, pues trazan con belleza y rigor los nexos que el autor se propone develar entre infancia y lectura. Está claro desde el comienzo del volumen que la infancia no se ciñe necesariamente a la delimitación de edades que se le atribuye a la niñez. La infancia concentra la potencialidad del vínculo no utilitario con el derredor plagado de cosas que nos hablan, que no dominamos y que se unen a las palabras en una suerte de ensoñación. Las cosas hablan a los infantes, incluso intensificando la lectura para abrir nuevas perspectivas. Es por eso que, por ejemplo, según Monteleone, Proust abandona el habla humana y retorna al habla de las cosas. La lectura en la infancia no entabla solamente una relación con las palabras escritas; en ella se entremezclan las cosas, los gestos, las imágenes, los sonidos, el ritmo y el cuerpo de quien lee (o de quien le cuenta historias a los pequeños) constituyendo un escenario feérico, poético y, por lo tanto, liberador.

A partir del quinto capítulo la voz del autor adquiere una nueva coloración. De aquí en adelante, la minuciosidad de los recuerdos de su infancia entre las décadas de 1950 y 1960, la vivacidad de lo sentido al acceder a la pequeña biblioteca de su padre o al jugar con su primo Hugo en el patio de sus abuelos en la localidad de Morón nos hacen respirar un aire que parece cada vez más infrecuente. Nos encontramos con la propuesta de Monteleone de leer la infancia en las lecturas, revolviendo las promesas que para un niño ofrece el libro aún no abierto y que dialogan con la afición por los dibujos animados y los cómics. Es así como nos confiesa su temprano gusto por imitar voces, que se trasladó también al placer por copiar piezas de revistas, de los lanzamientos de Disney o los *cartoons* de Tex Avery y Chuck Jones; todo ello remite a una de las formas más amorosas y antiguas de leer un texto, que implica transcribirlo palabra por palabra.

El discurrir de cada uno de los apartados subsiguientes nos lleva por más rememoraciones del autor, que nos demuestran las virtudes salvíficas de las lecturas durante los días febriles de su propia niñez y su creciente pasión por escudriñar y leerlo todo. Desfilan a continuación anécdotas de los primeros encuentros con *Las mil y una noches*, las revistas educativas argentinas *Billiken* y *Anteojito* y *El libro de la selva*. En este orden le corresponde una referencia aparte al decimosegundo capítulo: “La biblioteca en el cuartito”. Monteleone describe la habitación ubicada la terraza de su hogar paterno, donde su fascinación por los libros se asentó definitivamente al calor de una biblioteca que buscó explorar en todos sus recovecos hasta conocerla en su totalidad. Esa biblioteca configuró, además, un espejo: en sus vidrios se reflejaba el rostro del pequeño escritor en ciernes -y los espejos no sólo devuelven las imágenes de lo que se posa ante ellos, duplican, sino que las rescatan y las llevan a nuevos mundos, incluso hasta el reino del arte-.

Como bien ilumina Monteleone, las lecturas en la infancia van mucho más allá de las piezas consagradas como clásicas e ineludibles. Las historietas, ya contengan protagonistas inéditos o ya como transposición de los libros canónicos, incluyen al infante en el *nonsense* y la risa, el onirismo y su apertura dispensadora de la realidad existente generando un nuevo espacio vital. Desde ese rincón tenemos en el decimosexto capítulo al *Superschlemihl*. Se trata de una figura construida a partir de la conexión que el autor establece, por un lado, entre los dibujos de Superman, creados por dos autores judíos en Estados Unidos como garantía para evitar que el mundo sucumbiera hacia 1938, con el avance de las sombras nazis en Europa y, por otro, al *Schlemihl*, personaje de la tradición judaica que se refiere al desafortunado y desdichado y que resuena en apariciones humorísticas como las de Woody Allen. En su condición de extranjero, de *alien*, de paria, en su incomodidad e inadaptación, Superman y el *Schlemihl* tienen, a pesar de lo que parece, mucho en común.

¿Qué evidencia este recorrido, en la pesquisa de Monteleone por volver a la lectura de infancia, o a la infancia de la lectura? Que allí reverbera tanto el regreso al instante de las primeras lecturas en tanto descubrimiento y que habilita a que ocurra *otra vez* (que nos permite encontrarnos nuevamente con el sinsentido que según el autor está en Alfred Jarry, Samuel Beckett, Tex Avery, John Lennon, Silvina Ocampo o Copi, entre otros) como aquella imposibilidad de alcanzarlo plenamente. Y, más aún, que con las diferentes lecturas -ejemplificadas en *Dos años de vacaciones* de Julio Verne, *Las aventuras de Tom Sawyer* de Mark Twain o las fantasías borgeanas con los

números heteróclitos- se genera una epifanía, la pasión por coleccionar libros y ensueños. Monteleone nos habla así del ensueño del objeto que constituye cada libro, el ensueño del lenguaje que hasta involucra las dificultades y los enigmas acerca de cómo pronunciar palabras o nombres provenientes de diferentes idiomas, el ensueño de las tapas de los libros con sus ilustraciones y colores que guardan una misteriosa relación con su contenido, el ensueño del comienzo del libro que envuelve una sorpresiva felicidad y el ensueño de la completud con la ambición de finalizar cada volumen comenzado.

La lectura es relación con el espacio (con la habitación llena de cosas, con la biblioteca, con el patio) y con el tiempo (lo ya sido y lo presente en la propia biografía, en la historia de la literatura y las incógnitas del porvenir). Por lo tanto, implica seguir un determinado ritmo (y “Ritmo” es precisamente la denominación del vigésimo capítulo del libro). Y ese ritmo puede transformarse a partir de la lectura, ya sea de poesías de Bécquer, de Rubén Darío, de “El Cuervo” de Poe o, también, en la década de 1960, de la simpatía por *The Beatles* y sus irrisorias traducciones al español,

De todos modos, el autor no cae en el despliegue de una serie de remembranzas benevolentes y plañideras de una infancia idealizada. Si bien la infancia aparece inclusive como una forma de soberanía y su vínculo con la aventura es directo, correctamente aclara Monteleone que no hay día en ella en que no existiera, siquiera agazapado, un sentimiento de terror. Citando a Stevenson, se alerta que “a los niños les gusta sentir miedo –ya que a los niños les gusta cualquier experiencia que transmita vitalidad”, y es por eso que los desde los cuentos de Andersen (trascendiendo las adaptaciones que han hecho publicaciones antológicas como *Fabulandia*), de Leroux hasta los de Borges y Bioy Casares fomentan una atracción singular.

La pluma de Monteleone añade un dato aparentemente incontestable pero muchas veces olvidado: la lectura no es sólo un acto individual, sino que conforma una comunidad lectora. Esa comunidad es la que el autor tiene en su infancia con su primo Hugo, con quien “el abastecimiento de lecturas era siempre una ceremonia y una fiesta”. Revistas, folletines, libros, cartas, discos eran motivos con los que Monteleone y su primo aumentaban el saber y el arte de coleccionar, y las lecturas eran parte integral de los juegos compartidos. Los encuentros con Hugo se multiplicaban durante las vacaciones en la localidad bonaerense de Morón, y especialmente en el galpón en el patio de la casa de sus abuelos, que les ofrecía un mundo plétórico de cosas que ellos transformaban en juguetes -reconfigurando la temporalidad de lo que fueron y lo que serán-. En ese contexto el autor declara tres revelaciones que se formaron al hurgar en la revista argentina *Siete Días Ilustrados*: una serie de fotografías de Julio Cortázar, su cuento casa tomada” y un retrato fotográfico de Jorge Luis Borges que anunciaba *Elogio de la sombra*. Las rasgaduras de esas viejas revistas exploradas en la infancia anunciarán próximos encuentros con ellos.

En esas ocasiones vacacionales de Morón aparece frente al autor un regalo de su abuelo: *Viaje al centro de la tierra* de Julio Verne, que dará nombre a este volumen. Monteleone acentúa su imposibilidad para dejar de leerlo, en tanto proporcionaba algo inédito para su imaginación: un criptograma rúnico que por un lado desafiaba su incipiente capacidad de descifrar (y leer supone, precisamente, esa fulguración primaria) y por otro pone en movimiento a la razón para hacer transparente lo intrincado en función de llegar a otro lugar. Y el periplo del ensayista hacia la lectura en la infancia y la infancia de la lectura se convierte así un viaje al centro de la tierra, que en todo momento concentra rasgos genesíacos.

Si para un niño hay vacaciones quiere decir que también hay escuela. Y son las lecturas en la escuela las que protagonizan los capítulos finales del libro. El autor no duda en revelar que, para él, “la lectura verdadera siempre estaba en otra parte”, pues los denominados “libros de lectura” escritos especialmente para la escuela primaria no generaban ni un ápice de la conmoción que podía darle Verne, *Las mil y una noches* o la revista *Fabulandia*. Desde allí, el cierre de *El centro de la tierra*, sus últimos dos capítulos, brindan dos vueltas: hay un regreso al primer acápite (al que releemos transformados por el seguimiento del libro) y un regreso a esos momentos iniciáticos de su niñez en los que las letras dibujadas en los libros eran seguidas con los dedos de las manos para ir poco a poco transformándolas en sonidos y leyéndolas, habilitando la duplicación del mundo que comenzó a ir más allá de las cosas.

Merecen ser destacadas las digresiones que se plasman a lo largo del libro, con reflexiones tan audaces como precisas, y la lista de obras mencionadas, que configura un valioso catálogo para que los lectores prosigamos con nuestro camino de exploraciones literarias. En definitiva, tenemos aquí un libro ineludible, ya sea para estudiar la construcción histórica de las infancias, la historia de los libros y las revistas (y las editoriales) para niños en Argentina desde la segunda mitad del siglo XX, para dilucidar las prácticas de cuidado de los niños a partir de la lectura o para preguntarse a propósito de tales problemáticas en el escenario contemporáneo.

Alexis A. Chausovsky  
 Universidad Nacional de Entre Ríos,  
 Universidad Autónoma de Entre Ríos, Argentina.  
 alexchaus@hotmail.com